

la misma forma que los «valores religiosos» condicionan al Festival de Valladolid en ningún sentido; sus condicionamientos surgen del carácter festivo de la organización, y, por lo tanto, su quedarse a medio camino en lo que al cine se refiere.

Ya que no un comentario a cada una de las películas que se proyectan este año (1), vaya este general a la Semana, que, sin duda, con sus contradicciones y sus limitaciones, es, sin embargo —y quizá junto a la de Benalmádena—, el festival más consistente de cuantos en España se realizan. ■ D. G.

«El Espíritu de la Colmena» cae sobre Londres

La repercusión que en la crítica londinense ha tenido el éxito de «El Espíritu de la Colmena», de Víctor Erice, sólo resulta comparable con el éxito que otro cineasta español, Luis Buñuel, suele tener en la capital inglesa. Precisamente, la película de Víctor Erice se ha estrenado en el mismo local cinematográfico en el que se estrenan las obras de Buñuel: el Academy Two, de Oxford Street.

La crítica, incluso antes de estrenarse el film, lo elogió sin tasa. Realmente, ya había sido visto aquí, hacia poco tiempo, en el Festival de Londres. Esa exhibición sirvió para que todo el mundo recomendara la obra de Erice. Así, días antes del estreno comercial, Derek Malcolm escribía en las páginas de arte del «The Guardian» que «El Espíritu de la Colmena» suponía para los amantes del cine una de las nunca demasiado frecuentes alegrías que suelen dar los festivales cinematográficos. «Esta obra es lo suficientemente buena,

señalaba Malcolm, como para predecir a un gran talento. Está realizada con una asombrosa seguridad; hermosa y madura, es la primera obra de un joven español que desde ahora debe ser considerado como uno de los mejores nuevos talentos de Europa».

Por su parte, un crítico de «The Times», David Robinson, afirmaba que «El Espíritu de la Colmena» era, sólo en la superficie, una exploración, llena de atractivo y delicadeza, de los obsesivos mundos de la infancia. Pero, detrás, añadía Robinson, hay mucho más: «Hay un eco distante, pero emotivo de los tormentos de la España del final de la guerra civil».

Afianzando esa idea, otro crítico —Dilys Powell, de «The Sunday Times»— avisa que creer que esta obra de Erice se refiere a los sueños de un niño es cometer un gravísimo error. Como es corriente en la crítica periodística inglesa, al llegar a este punto todos relatan, casi fotograma por fotograma, la excitante historia que Víctor Erice ha contado. La referencia a la guerra civil, en cualquier caso, es absolutamente común. Russell Davis, de «The Observer», va todavía más lejos, y relaciona la película con el cine relativo a los silenciosos años del principio de la guerra europea. En ese sentido —dice— es uno de los films más impresionantes que él haya visto.

En efecto, el trabajo de Víctor Erice ha sido elogiado sin reticencia alguna. El ya citado Derek Malcolm decía que ésta era una de las películas más apacibles, más elípticas, que recordara haber visto, «filmada con un hermoso color y con una notable partitura musical. Es auténticamente española la película, aunque de algún modo trasciende totalmente los límites nacionales. Su belleza recuerda a Goya, y su delicadeza y cosmopolitismo a «Los inocentes», de Henry James... Ruego que la

vean porque sinceramente creo que es una pequeña obra maestra de imaginación cinematográfica, una evocación casi mágica de lo que yace justamente bajo la superficie de lo vulgar en nuestras vidas».

Para rizar el elogio, he aquí lo que, de nuevo sobre el trabajo de Erice, dice el mencionado crítico de «The Times»: «Esta es una obra de un tono, un estilo y un ritmo que nada deben a ningún otro cineasta».

Justo es señalar, finalmente, que todos los críticos se detienen también sobre el trabajo de los actores, y se muestran asombrados del papel que desarrolla la niña, Ana Torrent. «El Espíritu de la Colmena» ha caído sobre Londres. Y, además, ha caído de pie. ■ JUAN CRUZ RUIZ.



La madrileña y ya veterana galería Rayuela se ha trasladado. Ha abierto nuevamente sus puertas en un local de la calle Claudio Coello, al costado de la galería Juana Mordó, muy cerca de Aele. Así es mejor. Por lo menos, los que tenemos que ver galerías casi por obligación las tenemos algo más cerca unas de otras. Para la solemnidad de esa apertura, los rayuelas presentan una serie de retratos —así denominan la exposición, «Serie retratos»— de una docena de artistas. Una exposición de retratos es una originalidad, porque hoy la iconografía del arte va por otros rumbos.

Retratos en Rayuela Madrid

Por otros caminos distintos a los del retrato va la iconografía —o la

iconología— del arte en nuestros días, ¿por qué? Sería fácil decir que porque la fotografía está ahí, ya la pintura y la escultura han quedado liberadas de ese menester. Pero no: hay aspectos de la persona a los que la fotografía no puede llegar. Haría falta un ensayo largo para justificar mi idea sobre la crisis del retrato en este tiempo. Pero adelantaré algo.

Yo creo que la crisis del retrato personal es una de las formas visibles de la crisis del humanismo —del humanismo del viejo estilo— en nuestros días. Piénsese en un dato: el retrato personal —el gran retrato de profundización psicológica— nace para la pintura occidental, y se desarrolla plenamente en el siglo XV. Antes, prácticamente no existió retrato, o existió algo muy rudimentario y muy poco profundizador. ¿Existió, además, un «retrato» fuera de los límites del mundo occidental? De eso habría mucho que hablar.

El retrato se produce en el mundo occidental moderno (quiero decir, en el mundo de la Edad Moderna, a partir del siglo XV) cuando culturalmente se dan todas las condiciones para el nacimiento del humanismo y su descubrimiento del hombre. Entonces fue cuando el mundo occidental tuvo necesidad de rescatar de la vorágine del tiempo la imagen, no del hombre, sino de un hombre: el personaje único e irrepetible de una especie única; el retrato personal. Había habido un precedente anterior en la historia del arte: el tiempo romano, con su fabulosa serie de cabezas esculpidas. Los griegos de la edad helenística hicieron algunos buenos retratos, pero no llegaron a esa sistematización, ni mucho menos a esa perfección. Es que ellos estaban para otra cosa. Ellos alcanzaron «el arquetipo». Los romanos llegaron hasta el tipo diferenciado; sí, al retrato personal. Es decir, se alcanza el retrato no por un capricho veleidoso del arte, sino

porque el conjunto de la cultura está en una suerte de descubrimiento del hombre... Los romanos estaban descubriendo al tipo frente al arquetipo; los renacentistas estaban estructurando el humanismo... Nuestro mundo no tiene retratos... ¿por qué? ¿Es que nuestro mundo menosprecia al hombre? Lo tenemos muy cerca para poder establecer un diagnóstico, pero yo creo que lo que pasa es que nuestro mundo está elaborando «un nuevo humanismo», un nuevo concepto del hombre. Cuando lo alcance, alcanzará a elaborar su retratismo.



Barjola: «Retrato de Velázquez».

además, la geometría queda en él siempre sometida drásticamente a la pintura, sin dejar de ser geometría. Sí: Velázquez era un geómetra, y eso lo ha comprendido Barjola.

Aparte eso, que, sin duda, es lo más logrado de la exposición, en torno a lo que pudiéramos considerar «proyecto para un nuevo retratismo», hay retratos bien realizados en el «ancient régime» del género. Por ejemplo, lo que hace Pepe Caballero de Federico, en donde, sin grandilocuencias, consigue insinuar el toque dramático que el personaje requiere. O lo que hace Eduardo Sanz sobre ese patriarca de la mejor inteligencia española que fue Giner de los Ríos. O el retrato de Raimundo Lulio que hizo John Ulbrich. Porque en el mismo retrato que de Joan Miró presenta Isabel Villar hay una evidente idealización al ofrecémoslo dentro de su mundo paradisíaco y rodeado de elementos que son evidentemente del maestro. Otra cosa es el Azorín de Sempere: es un Azorín reducido a sus lineaciones geométricas, es decir, reducido a la ley de Sempere. Como El Cid de Amadeo Gabino es más un «gabino»

Pido perdón por todo ese exordio para justificar el retratismo heterodoxo que se puede ver hoy en Rayuela. ¿Será así el retratismo del futuro? Ya veremos. Si fuese así, la tendencia sería retratar más a un clima que a una fisonomía personal.

Saludo en ese conjunto, de manera muy especial, lo que ha presentado Barjola como retrato de Velázquez. Apenas indica en ellos algo caracterológico del gran pintor, como la cruz de Santiago. Pero esa geometría de líneas en reposo, eso sí es muy de Velázquez. Porque,